

El texto que sigue se publicó originalmente en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* (París. UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXVI, n°1, marzo 1996, págs. 225-237.

©UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 2000

Este documento puede ser reproducido sin cargo siempre que se haga referencia a la fuente

AUGUSTO COMTE

(1796-1857)

Jacques Muglioni¹

Extraño destino. Toda la vida de Comte es una novela. Su posteridad se divide entre unos discípulos de mente estrecha y la indiferencia, por no decir la repugnancia, de unos espíritus que hubieran aprendido mucho si se hubieran tomado la molestia de leerlo.

El matemático que habita en él denuncia la ceguera del cálculo algebraico; es tan severo con respecto a los sabios de su época como hacia los literatos y periodistas. Fundador del positivismo, llegará a la conclusión de que la ciencia forma ya parte del pasado, mientras que el futuro es el arte². Considera que la Revolución es el acontecimiento más grande de la historia universal y, al mismo tiempo, sólo piensa en poner fin a la crisis que ésta abrió. Este examinador de la Escuela Politécnica canta al amor puro. Este hombre de fe anuncia el fin de las supersticiones y, al mismo tiempo, instituye la religión de la Humanidad. Condena el feminismo abstracto de su época, negativo para devolver a la mujer su puesto de honor en la humanidad regenerada. Su admirable correspondencia² con Clotilde de Vaux, a lo largo del “año sin igual” (1845), hará decir a Alain: “¡Pero si estamos leyendo *Les nuits* de Musset!”

Lo difícil es leer los diez volúmenes de esta obra sin preocuparse de los comentarios, que son en su mayoría mediocres e incluso inexactos. Sin embargo, el lector se siente recompensado al descubrir a veces, en el mismo umbral de la locura, una lucidez que sólo se encuentra en Kant o en Hegel, que son quizá, junto con él, los últimos grandes nombres de la historia de la filosofía inaugurada por Platón. De manera que estamos en presencia de un autor del que los lectores sedientos de modernidad no comprenderán nunca nada.

Moral y política

El punto decisivo es sin duda el hecho de que la obra de Comte acaba siendo más una filosofía de la educación que una doctrina política. ¿No es él quien escribe ya en 1825: “La educación y la filosofía están en una relación íntima y necesaria”⁴? De hecho, la cuestión dominante en la obra se resume en esta observación: el antiguo poder espiritual que regulaba en lo esencial la sociedad de antes de la Revolución está ya caduco. Como el catolicismo no es más que una imponente ruina histórica, el ascendente moral que ejercía en la Edad Media incumbe ahora a periodistas y escritores, esos directores espirituales de los tiempos modernos. Hoy diríamos que, para el público en general, los medios de comunicación de masas han sustituido a la Iglesia. La humanidad estaría perdida si un nuevo ascendente, esta vez de inspiración positiva, no viniera a regular la sociedad actual y asegurar así el futuro de la humanidad. Por lo tanto, la educación no es una función como las demás: constituye el alma misma de la sociedad. Los hombres se conducen en lo esencial de acuerdo con la educación recibida.

Esta idea, que inspira toda la reflexión de Comte, ha sufrido un largo eclipse que quizá todavía está lejos de disiparse. Y, en efecto, Montesquieu y Rousseau, después de Platón, sabían que la institución pública sería letra muerta sin la virtud del ciudadano, y que en consecuencia la política era ante todo tributaria de la educación. Pero el siglo XIX, fascinado por el progreso industrial y las leyes del mercado, se decantó finalmente por el empirismo anglosajón y como consecuencia, tendió a subordinar el pensamiento a los mecanismos económicos. Al menos en este punto, marxistas y liberales se dieron la mano y compartieron los mismos supuestos ideológicos, lo que queda ilustrado hoy en día con el falso debate político. Por el contrario, la función decisiva que Comte atribuye a la educación supone la independencia del poder espiritual con respecto del temporal: podríamos decir la independencia de la autoridad intelectual con respecto del poder político. Porque, lejos de las confusiones de moda, Comte sabía distinguir, y hasta oponer, autoridad y poder.

De manera que no es lo espiritual un reflejo de lo temporal, como si fuera una simple “superestructura”, sino más bien lo contrario. El hombre se conduce en general según lo que cree, según los prejuicios o las convicciones que rigen el mundo en el que vive. De ahí la urgencia de un nuevo poder espiritual que, al contrario del periodismo que hoy ocupa el puesto de director espiritual, permita superar la crisis resultante de la descomposición del antiguo sistema. Sabemos que, según la “ley de los tres estados”⁵, la crisis es el estado intermedio y transitorio entre dos órdenes de los cuales el primero, el estado teológico, ya caduco, espera un sucesor, el estado positivo. Ahora bien, el nuevo poder espiritual capaz de inspirar a partir de ahora la educación, lejos de ser un simple reflejo de la sociedad existente, debe hacer que ésta salga de lo que Comte llama *el estado metafísico o abstracto*, que para él designa esencialmente la crisis abierta por la descomposición del antiguo sistema.

Inteligencia e instrucción

La educación así entendida, como una función decisiva para la humanidad, se dirige naturalmente al individuo. Pero su eficacia puede variar mucho, no tanto en razón de las diferencias sociales, como se pensará más tarde — y más todavía en la actualidad, cuando se sigue subordinando la virtud a la situación, como diría Alain —, como en relación a la naturaleza, que sigue siendo la base de la individualidad. Por esta razón, cuando Comte define a la humanidad, precisa que “el conjunto de hombres” no puede significar “todos los hombres”⁶, sino solamente los que son aptos, en mayor o menor grado, para participar realmente en la humanidad por su contribución, de cualquier tipo, a la obra común. El hombre no se puede reducir a la animalidad, pero su base orgánica le confiere una naturaleza indestructible, si bien la mayoría de las veces perfectible. Por tanto, el individuo está lejos de ser un producto del medio. Conservando así de la frenología lo que merece conservarse, como sugiere Alain⁷, hay que llegar a la conclusión de que la educación tiene sus límites. Entre los que no serán nunca verdaderamente hombres y las grandes individualidades, los genios, hay toda una escala de grados. Vemos que el pensamiento de Comte está muy alejado de la ideología contemporánea, mediatizada tiránicamente, por el “fracaso escolar” y los “hándicaps socioculturales”.

Pero hay que precisar además que el éxito intelectual dista mucho de ser el criterio absoluto, o simplemente necesario. Muchos proletarios valen más que ciertos doctores. El mérito intelectual no se mide solamente por el éxito universitario. No sólo es esencial distinguir entre la inteligencia y la instrucción⁸, sino que hay que recordar que existe un talento anterior a la educación, como se ve claramente en el ámbito de las bellas artes. Ni el saber práctico, ni la humanidad de un hombre, ni mucho menos su rectitud de juicio, pueden acreditarse con diplomas. Aquí también vemos cómo habría tratado Comte la cuestión suscitada por la desigualdad de los resultados escolares, que incita a nuestros reformadores a reducir la escuela a una guardería sin

guardían, o también la cuestión de la exclusión, que permite confundir a las víctimas reales de la injusticia social con los parásitos de la humanidad que “pululan”⁹ — Así lo escribe Comte — debido a “la anarquía de los tiempos”. Del mismo modo, no existe el genio matemático, o físico, o químico, como si se tomara en serio “la compartimentalización de la caja ósea”¹⁰, sino que es el hombre, todo él, el que se entrega a su elección y a su vocación.

Historia y psicología

La historia es la gran educadora de la humanidad. La historia es educación, como ponen de manifiesto la teoría del lenguaje¹¹ y la del arte¹². La humanidad se educa a sí misma en el tiempo por una especie de autoproducción que, lejos de expresar una libertad arbitraria de superación, debe su misma posibilidad a los puntos de apoyo que toma en la naturaleza del hombre, desarrollada por la inmensidad del pasado. Es la historia la que, en su avance, hace inteligible la relación fundamental entre el espíritu y la naturaleza, pues la naturaleza no guía nunca al espíritu si no es con la ayuda del tiempo. Siendo esto así, una pedagogía que cree encontrar su base en la psicología es un síntoma característico de la crisis en la que nos sumergen las especulaciones anárquicas. El conocimiento de la infancia no es psicológico, sino histórico; por lo tanto, la pedagogía positiva es la que se apoya no en falsas ciencias, últimas supersticiones de la modernidad, sino en la experiencia y la memoria de la humanidad.

Cuando denuncia “la deplorable manía psicológica”¹³, Comte recuerda que el conocimiento del hombre no es psicológico, sino histórico. Esto quiere decir fundamentalmente que, puesto que la educación tiene como fin hacer que el hombre acceda a la humanidad, no se trata de ponerse al alcance del niño, sino de elevar al niño a la dignidad de hombre. La subjetividad no debe ser abandonada a sus impulsos anárquicos, sino que la primera medida será “regular el interior, lo de dentro sobre lo de fuera”. Encontramos aquí la famosa máxima de Clotilde de Vaux: “Nuestra especie necesita, más que las otras, deberes para hacer sentimientos”¹⁴. En este sentido, la educación es liberadora. Comte insiste en las desviaciones psico-pedagógicas que consisten en dar rienda suelta a las tendencias egoístas llegando incluso a reprimir los buenos instintos, presentes en la infancia. La educación, por lo tanto, no puede abstenerse de refrenar unas inclinaciones, que por otra parte son muy enérgicas, cuya libre expansión sería un impedimento para el desarrollo del espíritu y del corazón. Esta especie de represión no es una inhibición significativa que ignore la realidad de los deseos e intereses privados; por el contrario, se trata de reconocer en el hombre niveles de realidad y proceder a su ordenación de acuerdo con las leyes naturales. Pues una educación que se propusiera atender tan sólo a la espontaneidad individual más inmediata, cometería la más grave falta contra el hombre, cuya generosidad naciente se vería así reprimida y, por así decirlo, anatematizada. En este punto, hay que invertir los términos acreditados por la pedagogía metafísica del absoluto impulsivo: la represión se sitúa en lo opuesto de lo que pretende una pedagogía subordinada a una psicología que, como se sabe, para Comte es tan sólo una caricatura de ciencia. El hombre va directamente de lo biológico a lo social, de la animalidad a la humanidad, y su verdadera individualidad se alcanza al dar este paso. La educación debe liberar las aspiraciones reprimidas hasta entonces por las fuerzas imperiosas de una vitalidad que, en el ámbito humano, no tiene valor de finalidad. Educar es proteger primero las inclinaciones más débiles, pues tienen ya una dimensión humana.

La educación no se da para perpetuar el estado de infancia, ni en el individuo ni en la especie. Si Comte si hubiera oído decir que la escuela está hecha para los niños, sin duda lo habría encontrado absurdo. Si la educación tiene un sentido, es en cuanto permite al niño no solamente hacerse adulto por el espíritu y el sentimiento, sino, sobre todo, meditar sobre la infancia de la humanidad y sobre su desarrollo, que es en definitiva, la historia de una liberación.

La autoridad contra el poder

Sólo la educación positiva, basada en el conocimiento filosófico de la humanidad, puede obtener un libre consentimiento unánime. La educación es un vínculo universal. Por ella, los hombres se hacen semejantes y pueden conocerse mutuamente, no sólo en el espacio sino más esencialmente en el tiempo. Y así es por ella por lo que la gran república occidental es ya universal según la doctrina que asocia todas las situaciones de la humanidad en una misma evolución fundamental. Nada más lejos de este pensamiento, pues, que el contemporáneo culto a las diferencias, que seguramente Comte interpretaría como un prejuicio antihistórico y un fenómeno de regresión. La educación positiva hace que todos los hombres participen en una misma historia, que es la historia de una liberación. La filosofía es considerada esencialmente como emancipadora.

Recordemos que el camino de la modernidad que Comte no creía interminable y cuyo fin creía incluso poder anunciar a veces, viene a suceder al orden teológico, caduco ya como hemos visto, y precede al orden humano propiamente positivo. Pero este estado de crisis tiende por su misma naturaleza a la disolución de todo orden, cualquiera que sea: descarta toda regla, ya considerada de antemano como arbitraria, para dejar vía libre a las opiniones subjetivas cuya manifestación y expresión reprimen así lo mejor del hombre, hasta rechazar su vocación propiamente humana.

Podemos comprender entonces que Comte denuncie el principio de libertad ilimitada de conciencia¹⁵, heredada del necesario rechazo del antiguo orden, pero que se prolonga más allá de lo razonable. Por ejemplo, “no hay libertad de conciencia en astronomía”: sólo es necesario haber estudiado. Pero puede ocurrir — algo de esto sabemos ya — que la educación no resista a los “hábitos de rebeldía de la razón moderna”¹⁶.

La verdadera autoridad

En el centro de esta filosofía de la educación se esboza una idea que no debe pasar desapercibida. A medida que se eleva uno en la escala enciclopédica, la acción de las fuerzas naturales, al complicarse, se va suavizando y cuando entramos en el mundo de los seres vivos, y después en el del hombre y su pensamiento, ya no son sólo fuerzas que actúan, pues a causa de su débil intensidad necesitan ya, para ser eficaces, un asentimiento¹⁷. Así, en la misma historia de la mente, la autoridad cambia de naturaleza: tiende hacia una menor coerción cuando se basa en el simple reconocimiento de lo verdadero. Esta debilidad natural de la autoridad intelectual y moral sólo se puede convertir en una fuerza por medio de la alianza de la vigilancia y de la generosidad, lo que constituye el núcleo de la educación positiva. El poder espiritual, liberado de toda trascendencia, del poder omnipotente de Dios, no tiene ya otra autoridad que la de la verdad. Cabe decir incluso no es otra cosa que la humanidad que ha llegado al conocimiento de sí misma.

El reconocimiento de una auténtica autoridad espiritual pasa por denunciar, gracias al progreso filosófico, las formas autoritarias y arbitrarias de autoridad, o, dicho claramente, las usurpaciones de ésta. Ahora bien, la peor autoridad actual es la que se le reconoce al especialista encerrado en los estrechos límites de su competencia. El que no sabe nada más que lo que cree saber en virtud de una “especialización dispersiva” no sabe en verdad ni siquiera lo que se supone que sabe. Existe pues un charlatanismo de la autoridad. El rendimiento de un hábil calculador (hoy diríamos de una calculadora), el esoterismo de un lenguaje formalizado, las proezas de una técnica en su limitado ámbito, comprendidas las bellas artes, suscitan equivocadamente la admiración de los no iniciados, que se imaginan lo que ellos no saben hacer como si fuera cosa de dioses, en lugar de emplear su raciocinio para relacionar cada una de estas maravillas con el todo del hombre para apreciar su utilidad, para separar lo verdadero de lo verdadero, de la insignificancia. La educación

positiva hace libre al hombre, un hombre que, en lugar de soportar pasivamente la modernidad, es capaz de reconciliarla con la historia universal.

Que la educación no sea objeto de una ciencia especial, sino de la filosofía

Henos aquí lejos del afán de formación que persiguen, y al que demasiado a menudo se limitan, las instituciones de enseñanza. La instrucción especial, teórica o práctica, se caracteriza por el desconocimiento o el olvido de los principios generales que podrían darle un sentido. Dirigiéndose a los proletarios en una universidad popular, Comte no les propone un suplemento de formación profesional. No les habla de su oficio, de su barrio, ni los distrae de su rutina cotidiana. Más bien los arranca de su “entorno” para que eleven su mirada al otro extremo del mundo: esta enseñanza dará lugar al *Traité philosophique d’astronomie populaire* [Tratado filosófico de astronomía popular]¹⁸ El procedimiento es evidentemente el opuesto a lo que se llama hoy “cursillo de formación”. La verdadera escuela no se ha creado para preparar para una profesión o para acompañarla: para empezar es liberadora y sabemos la influencia que más tarde tendrá el pensamiento de Comte en la instauración de la escuela republicana. Hay maneras totalmente opuestas de entender lo que se llama “la preparación a la vida”, pues cabe preguntarse ¿qué es la vida? La finalidad que Comte propone para la educación afecta al hombre que, al salir de la crisis revolucionaria y de sus prolongaciones anarquistas, tendrá que inaugurar la era positiva, que será la única que sepa conjugar el orden y el progreso.

Vemos que la teoría de la educación no suscita una ciencia especial, sino que pasa por un espíritu de conjunto, es decir, por la filosofía. Esto se debe a que la humanidad es historia y ésta nos recuerda que hemos empezado por la infancia, que podemos comprender la infancia y encontrar los caminos para conducirla. La teoría de la educación es sólo la representación positiva de la historia de la humanidad.

El culto a la memoria

Así pues, el programa de enseñanza se inscribe en primer lugar en la filosofía de la historia que se desprende de la “dinámica social”: la humanidad se constituye más por la continuidad que por la solidaridad¹⁹, más por el tiempo que por el espacio. Así, la educación no se puede basar en la adhesión al presente, como tiende a invitarnos una “sociedad sin antepasados”; Comte llega a decir: “la sublevación de los vivos contra el conjunto de los muertos”. La educación supone por el contrario el culto a la memoria. No se puede tener la menor idea del hombre sin referirse a la historia. La piedad con respecto al pasado nos invita a celebrar a nuestros antepasados, es decir, a quienes nos precedieron. Pues en algún sentido están más delante de nosotros que detrás de nosotros, y así, nos muestran el camino. Ningún progreso real es posible si se pierde de vista la continuidad histórica según la cual se constituye la humanidad. Pues, al igual que los dogmas teológicos comprometieron la idea de orden, la crítica disolvente, desprovista de toda regla, termina por comprometer la idea de progreso. Es pues la memoria y no la adhesión al presente inmediato, la que debe presidir la educación.

El pasado de la humanidad pertenece a todos los hombres. Gracias a la memoria que, como bien había visto Pascal²⁰, es nuestra facultad maestra, el pasado permite que la humanidad se realice por medio de un progreso sin ruptura. El crimen del colonialismo, por ejemplo, no es haber ignorado las culturas diferentes a la nuestra, sino haber impuesto aquello que, tanto en nuestro pasado como en nuestro presente, podía comprometer el progreso. La acción conjunta de los misioneros y de los literatos impidió que las poblaciones atrasadas pasaran directamente del

fetichismo inicial al estado positivo, que se ahorraran así la gran crisis en la que todavía estamos inmersos. “El crimen occidental²¹” ha consistido pues en transmitir nuestros vicios más que nuestras virtudes. La culpa no está tanto en la conquista como en la contaminación. Vemos una vez más que no hay nada en el pensamiento de Comte que tienda a lo que hoy se llama el “pluralismo cultural”. La humanidad es una e indivisible, por variadas que sean las apariencias del momento. Pero Occidente no ha cumplido la función de educación a la cual, es cierto, había ya renunciado para sí mismo. Así, Comte nos invita a elevarnos hasta la idea de educación universal. Las diferencias no radican en el espacio, ni son étnicas ni culturales, como está de moda decir; radican en el tiempo, es decir, son históricas. También es preciso recordar que la historia no transcurre en todas partes al mismo ritmo. La diversidad en el espacio — o la diversidad geográfica — sólo es representativa del hombre a condición de relacionarla con el tiempo y con la historia. El fetichista no es otra clase de hombre. La falta más grave contra el hombre es desconocer la dimensión histórica de la humanidad que nos hace absolutamente semejantes, olvidar así que la humanidad se enseña a sí misma. La educación no está por inventar: nos basta con saber lo que somos.

La instrucción ha de ser enciclopédica

No sólo hay que leer a Comte; es necesario releerlo. Es entonces cuando el *Cours de philosophie positive* [Curso de filosofía positiva], que más tarde consideraría como una simple introducción, cobra su pleno sentido. Sobre todo es muy importante apartarse de las interpretaciones restrictivas que la palabra *positivismo* sugiere actualmente. El hombre tiene que aprender a adaptarse primero al orden de las cosas, pero es para mejor adaptarse a continuación al orden humano. Así pues, la enseñanza científica es solamente una parte de la educación y sólo tiene valor a condición de no perder de vista su verdadero fin. Si hay que aprender primero a someterse al orden exterior, es para prepararse mejor a la justa apreciación del orden humano. La enseñanza científica tiene pues sólo un valor de propedéutica y no constituye un fin. Ésta es la razón por la cual el positivismo de Comte es lo más opuesto a un cientifismo que a veces, como sabemos, se creará autorizado por él.

En primer lugar, la ley enciclopédica que preside la clasificación de las ciencias, tiene un valor eminentemente pedagógico. De entrada, la epistemología de Comte es inseparable de lo que él mismo llama “la historia filosófica de las ciencias”, que participa en toda la historia del espíritu humano. Entre el sentido común y la ciencia no hay ningún un corte, contrariamente a una de las ideas que inspirará la epistemología del siglo XX. Pero la iniciación científica necesita un orden a la vez epistemológico e histórico que naturalmente debe inspirar los programas de enseñanza. Siempre hay que empezar por el principio. El que empieza por el final, siguiendo un criterio de actualidad o de eficacia técnica, sólo obtendrá de la ciencia un barniz que no tiene nada que ver con su contenido real. Así se explica que una enseñanza científica a toda costa pueda producir tantos espíritus falsos. El olvido del orden enciclopédico compromete la enseñanza de las ciencias. Por eso, las ciencias que hay que enseñar en primer lugar son las ciencias abstractas, que son las únicas que entran en una clasificación ordenada. La inteligencia humana va de lo abstracto a lo concreto, de la teoría a la realidad. Por otra parte, las ciencias concretas no pueden entrar en la clasificación sistemática de las ciencias, pues toda ciencia concreta supone la reunión de varias ciencias que hay que estudiar primero por separado. El camino del conocimiento y, por consiguiente, el orden de los estudios, va de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior. Por ejemplo, el conocimiento del ser vivo supone el conocimiento previo de lo inerte. En otras palabras, la biología presupone la física y la química. Y el conocimiento del hombre (aquí Comte inventa la palabra *sociología*, que más tarde perderá su sentido original) llega de este modo al final de la ascensión que va de lo inferior a lo superior, cuando puede ejercitarse libremente el espíritu de conjunto, que no es otra cosa que el espíritu filosófico mismo.

La idea constante de Comte es que la ciencia verdadera se hace sobre todo para enseñarla. Sólo hay ciencia si es vulgarizable. Pero esta vulgarización no debe entenderse, como es corriente hoy en día, como una difusión cuyo contenido se devalúa a medida que se extiende. La enciclopedia por ejemplo, no es un repertorio alfabético de donde poder sacar informaciones diversas, según las necesidades; y todavía menos, un banco de datos. Es el orden del pensamiento que se adapta al orden exterior y que de esta manera se constituye. No se estudian las ciencias con el deseo de trastornar el mundo ni para enriquecerse, sino para poner un poco de orden en los propios pensamientos. Este politécnico sabía que se puede morir a causa de las ciencias cuando se reciben como simples medios de poder o riqueza. Resumiendo, no sólo la enseñanza de las ciencias, como veremos, dista mucho de constituir toda la educación, sino que además, no debe impartirse con miras a aplicaciones mercantiles. Una de las perversiones de nuestro tiempo — el mismo Comte nos previene — es la de subordinar la inteligibilidad a la eficacia técnica²¹. Él ya sabía que la modernidad sentía la tentación de hacer un uso perverso de las ciencias. Temía, como le ocurrirá a Julio Verne, que la pasión por las ciencias desterrara para siempre a las humanidades. Pero iba todavía más lejos: sabía que el fanatismo tecnocrático terminaría por destruir el pensamiento científico mismo²³.

La enseñanza debe ser general

Comte da pleno sentido a su filosofía de la educación cuando denuncia “la usurpación algebraica”²⁴, o también la “preponderancia de los signos sobre las ideas”, que tiende a otorgar la palma del éxito científico a los habilidosos que saben manejarse en los pasillos secretos de lo que ya Leibniz llamaba “el pensamiento ciego”. La habilidad manipuladora conlleva la pérdida del espíritu. La evolución actual de las enseñanzas científicas no hace más que corroborar la inquietud de Comte. La confusión de ideas que él denuncia afecta ya a la escuela y a la sociedad entera. Comte insiste sobre todo en los efectos catastróficos de la especialización, que si bien es válida esencialmente para las tareas prácticas, en el ámbito teórico ahoga el espíritu. Por eso dedica esas severas recomendaciones a las relaciones entre la investigación y la enseñanza. Por un lado, sólo se aprecia a un sabio si proporciona inventos en el orden de lo consumible²⁵; por otro, la especialización necesaria en el orden industrial tiende a apoderarse de la investigación y de la enseñanza a la vez. Éste es el motivo de que las tareas científicas recaigan cada vez más frecuentemente en los “espíritus poco eminentes”²⁶ que, a falta de vocación, apenas tienen otros móviles que no sean preocupaciones profesionales. La investigación, privada así de pensamiento científico propiamente dicho, tiende a secar las fuentes de la enseñanza real.

Así, Comte no vacila en decir, saliendo al paso de las interpretaciones fraudulentas del positivismo, que la ciencia es ya el pasado. Sabía — lo que nuestros contemporáneos pueden comprender difícilmente a causa de una idea simplista del progreso — que los grandes descubrimientos que el hombre podía hacer han acompañado en lo esencial al advenimiento histórico del espíritu positivo. Lo demás concierne a las adquisiciones de detalle, útiles sobre todo para el desarrollo o la renovación de las técnicas de todos los órdenes. Esta observación es de una importancia decisiva para la educación destinada al hombre del mañana. La primera regla para instituir la enseñanza es no sacrificar lo imperecedero a lo que ya está caduco de antemano y que debería ser considerado como tal. Comte no cesa de denunciar una enseñanza desviada, imbuida de cambio y que sólo estaría al servicio exclusivo de una sociedad transitoria. En primer lugar, toda enseñanza es general y presupone por tanto una inspiración filosófica. En sentido estricto, no habría enseñanza técnica. Por esto Comte no pretende dirigirse a los ingenieros ni a los técnicos, cuyo espíritu ya no está disponible. Y éste es el colmo de la paradoja para nuestros contemporáneos: los espíritus más accesibles para una reflexión filosófica son los de los proletarios²⁷, al menos los de su

tiempo, que al no haber sido deformados por “los cursillos de formación” y habiéndose salvado del culto al lucro, permanecieron abiertos a las ideas generales.

Educación y poder espiritual

La conmemoración, que será la pieza maestra de la religión de la Humanidad, significa claramente que el primer deber humano es luchar contra el olvido. En la base de la educación está, pues, la historia, no la psicología, que encubre un principio de encerramiento. En primer lugar, la finalidad de la educación no es eternizar la infancia, sino la poesía primera que perpetúa lo mejor del fetichismo inicial. Por supuesto, la educación no puede ignorar la realidad de lo vivo que, a medio camino entre el mundo de lo inerte y el mundo de lo humano, lleva al hombre sin constituirlo nunca. Pero estaría ciega si ignorara los caminos que ha seguido el hombre en sus comienzos. La verdadera educación es la humanidad que se eleva en la conciencia de sí misma asumiendo el tiempo que nos ha creado.

La idea de poder espiritual va unida a la de una enseñanza inspirada por el espíritu de conjunto, es decir, por la filosofía, y por consiguiente capaz de poner en orden los pensamientos y efectuar así la reforma intelectual adecuada a la época moderna. No hay que olvidar — y Comte no deja de recordarlo — que las especulaciones más delicadas, las que conciernen al hombre, a la sociedad, a la política, requieren una preparación a la vez enciclopédica e histórica que evita que se dispersen en la gratuidad y proporcionen a la opinión, como ocurre bajo el imperio de los periodistas y de los retóricos, un ejemplo contrario a la lucidez y a la sabiduría. La influencia de la especulación sobre la acción crea a este respecto un deber especulativo nuevo. Y la dificultad viene precisamente del hecho de que la enseñanza y el poder espiritual no pueden ir el uno sin el otro. En efecto, sin este poder no hay enseñanza posible, pues ésta queda entonces a la merced de lo temporal y de los intereses más superficiales. Y sin esta enseñanza, ninguna autoridad espiritual puede constituirse de forma duradera. Así que hay que contar, pese a los riesgos demasiado evidentes, con el libre avance de las ideas para que poco a poco las tendencias anárquicas nacidas de ese mismo avance se reabsorban: optimismo a la vez especulativo y práctico que sólo puede mantener una reflexión filosófica sobre la historia.

La expresión misma de poder espiritual puede prestarse a equívoco, pues en realidad este poder no manda nada y no actúa sobre las voluntades. Por lo tanto, no puede ser un gobierno ya que el espíritu no obedece a las órdenes y rechaza toda sumisión. Asimismo, para limitarse a aconsejar hay que renunciar a toda función propiamente política e incluso a la riqueza²⁸. En este sentido, la educación es lo opuesto al poder. La autoridad intelectual, por ejemplo, sólo es tal si no usa la coerción. La enseñanza requiere una autoridad que no sea el poder de obligar, de forzar las voluntades, sino solamente la capacidad de aclarar. La verdadera autoridad se reconoce inmediatamente. Es esa renuncia completa al poder lo que constituye su verdadera fuerza. De ahí se deduce que la enseñanza no puede depender de un poder temporal que respecto a ella sería totalmente arbitrario. Así es como hay que comprender lo que Comte llama libertad de enseñanza. Su organización, en efecto, necesita una competencia intelectual, es decir, una autoridad capaz de resistir a lo arbitrario del poder y, en el mejor de los casos, inspirarlo.

La educación estética

Ya sabemos en qué sentido hay que entender que la ciencia pertenece ya al pasado. Ella tuvo su gran momento, desde luego decisivo. Y sigue siendo una pieza maestra en la educación, pero no debe nunca reclamar más que los grandes comienzos que contribuyen a la fundación del espíritu positivo. De la misma manera, si se considera que el futuro es el arte, es conveniente acercar el arte

a su historia. Comte habla del arte como de la ciencia: uno y otra sucumben a la seducción de la técnica y a la especialización dispersiva. La distinción hecha entre el corazón y el espíritu es válida también tanto para la ciencia como para el arte: no hay genio sin inspiración; no hay enseñanza sin la participación del sentimiento.

Nada hace más evidente la unidad de pensamiento de Comte que su análisis de la educación estética. Al igual que la ciencia tiene valor esencialmente por ser el impulso primero y por proporcionar el descubrimiento metódico del orden exterior que libera al espíritu, de la misma manera el arte verdadero es el que expresa, bajo formas diversas, los sentimientos comunes a la humanidad e incluso revela estos sentimientos. El verdadero fin de la educación es permitir que cada uno descubra la humanidad a través de sus obras. Pero éstas serían letra muerta sin una convicción primera. Tampoco hay enseñanza sin inspiración. El hecho de descubrir el genio de Arquímedes puede emocionar hasta las lágrimas²⁹. Comte habla del arte como habla de la ciencia, distinguiendo bien el significado primero que enseña o que encanta, del empleo académico, tenido incluso por innovador, que tiende a convertirse en exclusivo en la crisis en la que nos sumen los hábitos de una crítica negativa. Así como el formalismo y la especialización hacen olvidar la ciencia como pensamiento, también expulsan a la belleza del arte para producir tan sólo curiosidades mundanas. La música sin el canto, la pintura, la escultura, la arquitectura sin el dibujo, son la perversión del arte que de esta forma se ausenta de la humanidad.

La educación es esencialmente instrucción, es decir, adquisición y ordenamiento del saber. El “verdadero genio científico” se reconoce en el descubrimiento de “leyes generales” que nos sirven “directamente para explicar una serie de fenómenos diarios en medio de los cuales” vivimos “sin comprenderlos”³⁰. De igual manera, tratándose del arte, Comte apela al tiempo en el que “la educación regenerada habrá hecho que el canto y el dibujo sean tan familiares como la palabra y la escritura”³¹. Este politécnico que estaba abonado a los *Italianos*, consideraba que la ópera era sin ninguna duda la más acabada de las artes: por medio del canto, la humanidad se expresa en primer lugar y se revela a sí misma. Nos enseña a superar el largo divorcio de la razón moderna del sentimiento y de la imaginación³². Se comprende entonces que haya especialistas de todas las disciplinas que sean a menudo incapaces de enseñar, es decir, de despertar la pasión de saber o de crear, de suscitar la emoción debida a las grandes obras del genio artístico o poético. Si no se aborda un teorema como si se descubriera un poema, la enseñanza permanece indiferente en el corazón y nos priva así de la humanidad. Está bastante claro entonces que la ciencia, igual que el arte, va de lo mejor al hombre y no a la inversa. Así, la educación debe comenzar por lo alto, lejos de salir de lo más bajo, es decir, de esta psicología que enseguida se olvida con el descubrimiento de lo verdadero en acto y de la belleza en las obras memorables. Si se trata a los alumnos como a niños, nunca llegarán a ser hombres. Y no es la curiosidad intelectual, tan estimada por el doctor, ni tampoco la habilidad técnica, tan estimada por el práctico, lo que puede constituir el fondo de la educación.

Volvemos a la idea central del poder espiritual. Es fácil hacer críticas sobre el sueño grandioso de una religión, esta vez sin Dios ni supersticiones, que simplemente reuniría a los hombres, establecería el vínculo constitutivo de la humanidad y lo mantendría. La descripción detallada de los ritos futuros hará sonreír a más de un lector, salvo quizá la idea central de conmemoración por la cual la humanidad se aferra a acordarse de sí misma, a hacerse a sí misma presente. Y, en efecto, la humanidad no debe olvidarse de sí misma. Comte quiere decir que nuestra modernidad repetitiva sólo conocerá la renovación si vuelve a encontrar la inspiración fundamental que durante mucho tiempo ha presidido su historia. Está claro que la educación necesita sólidas instituciones, pero también necesita esa convicción que “los hábitos de rebeldía de la razón moderna”³³ no cesan, aun hoy en día, de rechazar o incluso de reducir a despojos.

Notas

1. Jacques Muglioni (Francia). Catedrático de filosofía, ha impartido clases en el último curso de secundaria en provincia y en París, después en el Instituto Enrique IV, antes de ejercer las funciones de decano de la inspección general de filosofía. Es autor de numerosos artículos, algunos de los cuales se han reunido recientemente en dos volúmenes: *L'école ou le loisir de pensée* [La escuela o el ocio del pensamiento] (1993) y *Auguste Comte, un philosophe pour notre temps* [Augusto Comte, un filósofo para nuestro tiempo] (1995).
2. *Système de politique positive*, Discours préliminaire, vol. I, V parte, en especial pág. 299.
3. *Correspondance générale*, vol. III.
4. *Considérations sur la science et sur les savants*, en: *Du pouvoir spirituel*, París, Le Livre de Poche, Pluriel, 1978, pág. 249.
5. *Cours de philosophie positive*, lección primera.
6. *Le catéchisme positiviste*, lección primera.
7. Véase Alain, *Sentiments, passions et signes*, cap. XLVIII.
8. *Le catéchisme positiviste*, 2ª revisión.
9. *Ibid.*
10. *Cours de philosophie positive*, lección 45.
11. *Système de politique positive*, vol. II, cap. IV.
12. *Ibid.*, Discours préliminaire, 5ª parte.
13. *Cours de philosophie positive*, lección 45, pág. 854.
14. *Le catéchisme positiviste*, 10ª revisión.
15. *Système de politique positive*, Apéndice general, vol. IV, pág.18
16. Véase especialmente *Système de politique positive*, Discurso preliminar, 3ª parte.
17. *Du pouvoir spirituel*, pág. 7.
18. Ver referencias bibliográficas.
19. *Le catéchisme positiviste*, 2ª revisión.D
20. *Discours sur l'esprit positif*, párrafo 45. Ver Pascal, *Traité du vide*.
21. Véase especialmente *Le catéchisme positiviste*, 3ª parte.L
22. *e catéchisme positiviste*, 1ª parte: "La ciencia constituye siempre una simple continuación de la sabiduría común. Nunca crea una doctrina esencial".
23. *Correspondance générale*, vol. I, pág. 174.
24. La expresión se encuentra principalmente en el tomo I de *La synthèse subjective*.
25. Ver las notas 21 y 22.
26. *Cours de philosophie positive*, lección 46, Hermann II, págs. 76-77.
27. *Passim*, especialmente *Système*, cap.IV, pág. 81 y ss..
28. *Cours de philosophie positive*, especialmente la lección 45.
29. *Cours de philosophie positive*, lección 45, pág. 868.
30. *Système de politique positive*, vol. I, Discurso preliminar, 5ª parte.L
31. *Le cathéchisme positiviste*, pág. 177.
32. *Système de politique positive*, Discurso preliminar, 5ª parte.
33. *Système de politique positive*, Discurso preliminar, 5ª parte, pág. 275.

Obras de Augusto Comte

La mayor parte de las obras de Comte, olvidadas por los editores, están agotadas y sólo se pueden consultar en bibliotecas. Mencionamos aquí las últimas ediciones:

Cours de philosophie positive [Curso de filosofía positiva], 2 vol. París, Hermann, 1975.

Leçons de sociologie [Lecciones de sociología]. Lecciones 47 -51, con una introducción de Juliette Grange. París, GF-Flammarion, 1995.

Système de politique positive [Sistema de política positiva]. 4 vol. París, Anthropos, 1969.

Du pouvoir spirituel [Del poder espiritual]. 1 vol. que comprende los opúsculos de juventud. París, Le livre de poche, Pluriel, 1978.

Le catéchisme positiviste [El catecismo positivista]. París, Garnier-Flammarion, 1966.

Discours sur l'esprit positive [Discurso sobre el espíritu positivo]. París, Société positiviste internationale, 1923; reed. en París, Vrin, 1987.

Traité philosophique d'astronomie populaire [Tratado filosófico de astronomía popular]. París, Fayard, 1985.

La synthèse subjective [La síntesis subjetiva]. París, por cuenta del autor, 1856.

Oeuvres choisies [Obras escogidas] (Comp.) Henri Gouhier. París, Aubier, 1946.
Correspondance générale [Correspondencia general], 8 volúmenes, Archives positivistes, Mouton, 1973; París, Vrin, 1984.

Sobre Augusto Comte y su filosofía de la educación

Alain. *Idées* [Ideas]. París, Paul Hermann, 1939.

Arbousse-Bastide, P. *L'éducation universelle dans la philosophie d'Auguste Comte* [La educación universal en la filosofía de Augusto Comte]. 2 vol. París, Presses universitaires de France, 1957.

Colectiva. *Auguste Comte, qui êtes vous?* [Auguste Comte ¿quién es usted?]. Prólogo de Edgar Faure. París, La Manufacture, 1988

Gouhier, H. *La vie d'Auguste Comte* [La vida de Augusto Comte]. París, Vrin, 1965.

———. *La philosophie d'Auguste Comte: esquisses* [La filosofía de Augusto Comte: esbozos]. París, Vrin, 1987.

Muglioni, J. *Auguste Comte, un philosophe pour notre temps* [Augusto Comte, un filósofo para nuestro tiempo]. París, Kimé, 1995. Véase el capítulo VI: L'idée d'éducation universelle [La idea de educación universal].